bernación de los pueblos? No, que estas razones son precisamente las que han de mover y forzar á todo buen católico á predicar y sostener contra él, cueste lo que cueste, abierta y generosa cruzada. A ese, á ese que es el enemigo, á ese que es el lobo, hemos de estar gritando á todas horas, siguiendo la consigna del universal Pastor, los que más ó menos hemos recibido del cielo la misión de cooperar á la salud espiritual del pueblo cristiano.

Tendido queda el paño y principiada esta serie de breves y familiares conferencias. No será empero sin haber antes declarado que todos y cada uno de los puntos de ellas, hasta los más menudos ápices, sujeto al inapelable fallo de la Iglesia, único seguro oráculo de infalible verdad.

Sabadell, mes del Santísimo Rosario,—1884.

EL LIBERALISMO ES PECADO

I

¿Existe hoy día algo que se llama Liberalismo?

CIERTAMENTE: y parecerá ocioso que nos entretengamos en demostrar este aserto. A no ser que todos los hombres de todas las naciones de Europa y de América, regiones principalmente infestadas de esta epidemia, hayamos convenido en engañarnos y hacer del engañado, existe hoy día en el mundo una escuela, sistema, partido, secta, ó llámese como se quiera, que por amigos y enemigos se conoce con el nombre de Liberalismo.

Los periódicos y asociaciones y Gobiernos suyos se apellidan con toda franqueza *liberales;* sus adversarios se lo echan en rostro, y ellos no protestan, ni siquiera lo excusan y atenúan. Más aún:

se lee cada día que hay corrientes *liberales* tendencias *liberales*, reformas *liberales*, proyectos *liberales*, personajes *liberales*, fechas y recuerdos *liberales*, ideales y programas *liberales;* y al revés, se llaman anti–liberales, ó clericales, ó reaccionarios, ó ultramontanos, todos los conceptos opuestos á los significados por aquellas expresiones. Hay, pues, en el mundo actual una cierta cosa que se llama *Liberalismo*, y hay á su vez otra cierta cosa que se llama *Anti–liberalismo.* Es, pues, como muy acertadamente se ha dicho, palabra de división, pues tiene perfectamente dividido el mundo en dos campos opuestos.

Mas no es sólo palabra, pues á toda palabra debe corresponder una idea; ni es sola idea, pues á tal idea vemos que corresponde de hecho todo un orden de acontecimientos exteriores. Hay, pues, Liberalismo, es decir, hay doctrinas liberales y hay obras liberales, y en consecuencia hay hombres liberales, que son los que profesan aquellas doctrinas y practican estas obras. Y tales hombres no son individuos aislados, sino que viven y obran como agrupación organizada, con jefes reconocidos, con dependencia de ellos, con fin unánimemente aceptado. El Liberalismo, pues, no sólo es idea y doctrina y obra, sino que es *secta.*

Queda, pues, sentado que cuando tratamos de Liberalismo y de liberales no estudiamos seres fantásticos ó puros conceptos de razón, sino verdaderas y palpables realidades del mundo exterior. ¡Harto verdaderas y palpables por nuestra desdicha!

Sin duda habrán observado nuestros lectores, que la preocupación primera que se nota en los tiempos de epidemia es siempre la de pretender que no existe tal epidemia. No hay memoria en las diferentes que nos han afligido en el siglo actual, ó en los pasados, de que ni una sola vez haya dejado de presentarse este fenómeno. La enfermedad lleva ya devoradas en silencio gran número de víctimas cuando se empieza á reconocer que existe, diezmando la población. Los partes oficiales han sido alguna vez los más entusiastas propaladores de la mentira; y casos se han dado en que por la Autoridad han llegado á imponerse penas á los que asegurasen que el contagio era verdad. Análogo es lo que acontece en el orden moral de que estamos tratando. Después de cincuenta años ó más de vivir en pleno Liberalismo, todavía hemos oido á personas respetabilísimas preguntarnos con asombrosa candidez: —¡Vaya! ¿Tomais en serio eso del Liberalismo? ¿Son estas, por ventura, más que exageraciones del rencor político? ¿No valdría más hacer caso omiso de esta palabra que á todos nos trae divididos y enconados?—¡Tristísima señal cuando la infeccicn está de tal suerte en la atmósfera, que por la costumbre no la perciben ya la mayor parte de los que la respiran!

Hay, pues, Liberalismo, caro lector; y de esto no te permitas nunca dudar.

II

¿Qué es el Liberalismo?

Al estudiar un objeto cualquiera, después de la pregunta *an sit?* hacían los antíguos escolásticos la siguiente: *quid sid?* y ésta es la que nos va á ocupar en el presente capítulo.

¿Qué es el Liberalismo? En el orden de las ideas es un conjunto de ideas falsas; en el orden de los hechos es un conjunto de hechos criminales, consecuencia práctica de aquellas ideas.

En el orden de las ideas el Liberalismo es el conjunto de lo que se llaman principios liberales con las consecuencias lógicas que de ellos se derivan. Principios liberales son: la absoluta soberanía del individuo con entera independencia de Dios y de su autoridad; soberanía de la sociedad con absoluta independencia de lo que no nazca de ella misma; soberanía nacional, es decir, el derecho del pueblo para legislar y gobernarse con absoluta independencia de todo criterio que no sea el de su propia voluntad, expresada por el sufragio primero y por la mayoría parlamentaria después; libertad de pensamiento sin limitación alguna en política, en moral ó en Religión; libertad de imprenta, asimismo absoluta

ó insuficientemente limitada; libertad de asociación con iguales anchuras. Estos son los llamados *principios liberales* en su más crudo radicalismo.

El fondo común de ellos es el racionalismo *individual*, el racionalismo *político* y el racionalismo *social*. Derívanse de ellos la libertad de cultos más ó menos restringida; la supremacía del Estado en sus relaciones con la Iglesia; la enseñanza laica ó independiente sin ningún lazo con la Religión; el matrimonio legalizado y sancionado por la intervención única del Estado; su última palabra, la que todo lo abarca y sintetiza, es la palabra *secularización*, es decir, la no intervención de la Religión en acto alguno de la vida pública, verdadero ateismo social, que es la última consecuencia del Liberalismo.

En el orden de los hechos el Liberalismo es un conjunto de obras inspiradas por aquellos principios y reguladas por ellos. Como, por ejemplo, las leyes de desamortización; la expulsión de las Ordenes religiosas; los atentados de todo género, oficiales y extraoficiales, contra la libertad de la Iglesia; la corrupción y el error públicamente autorizados en la tribuna, en la prensa; en las diversiones, en las costumbres; la guerra sistemática al Catolicismo, al que se apoda con los nombres de clericalismo, teocracia, ultramontanismo, etc., etc.

Es imposible enumerar y clasificar los hechos que constituyen el procedimiento práctico libe-

ral, pues comprenden desde el ministro y el diplomático, que legislan ó intrigan, hasta el demagogo, que perora en el club ó asesina en la calle, desde el tratado internacional ó la guerra inicua que usurpa al Papa su temporal principado, hasta la mano codiciosa que roba la dote de la monja, ó se incauta de la lámpara del altar; desde el libro profundo y sabiondo que se da de texto en la universidad ó instituto, hasta la vil caricatura que regocija á los pilletes en la taberna. El Liberalismo práctico es un mundo completo de máximas, modas, artes, literatura, diplomacia, leyes, maquinaciones y atropellos enteramente suyos. Es el mundo de Luzbel, disfrazado hoy día con aquel nombre, y en radical oposición y lucha con la sociedad de los hijos de Dios, que es la Iglesia de Jesucristo.

Hé aquí, pues, retratado, como doctrina y como práctica, el Liberalismo.

III

Si es pecado el Liberalismo, y qué pecado es

EL Liberalismo es pecado, ya se le considere en el orden de las doctrinas, ya en el orden de los hechos.

En el orden de las doctrinas es pecado grave contra la fe, porque las doctrinas suyas

son *herejía*. En el orden de los hechos es pecado contra los diversos Mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, porque de todos es infracción. Más claro. En el orden de las doctrinas el Liberalismo es la herejía universal y radical, porque las comprende todas: en el orden de los hechos es la infracción radical y universal, porque todas las autoriza y sanciona.

Procedamos por partes en la demostración.

En el orden de las doctrinas el Liberalismo es herejía. Herejía es toda doctrina que niega con negación formal y pertinaz un dogma de la fe cristiana. El Liberalismo–doctrina los niega primero todos en general y después cada uno en particular. Los niega todos en general, cuando afirma ó supone la independencia absoluta de la razón individual en el individuo, y de la razón social ó criterio público en la sociedad. Decimos *afirma ó supone*, porque á veces en las consecuencias secundarias no se afirma el principio liberal, pero se le da por supuesto y admitido. Niega la jurisdicción absoluta de Cristo Dios sobre los individuos y las sociedades, y en consecuencia la jurisdicción delegada que sobre todos y cada uno de los fieles, de cualquier condición y dignidad que sean, recibió de Dios la Cabeza visible de la Iglesia. Niega la necesidad de la divina revelación, y la obligación que tiene el hombre de admitirla, si quiere alcanzar su último fin. Niega el motivo formal de la fe, esto es, la autoridad de Dios que revela, admitiendo de

la doctrina revelada sólo aquellas verdades que alcanza su corto entendimiento. Niega el magisterio infalible de la Iglesia y del Papa, y en consecuencia todas las doctrinas por ellos definidas y enseñadas. Y después de esta negación general y en globo, niega cada uno de los dogmas, parcialmente ó en concreto, á medida que, según las circunstancias, los encuentra opuestos á su criterio racionalista. Así niega la fe del Bautismo cuando admite ó supone la igualdad de todos los cultos; niega la santidad del matrimonio cuando sienta la doctrina del llamado matrimonio civil; niega la infalibilidad del Pontífice Romano cuando rehusa admitir como ley sus oficiales mandatos y enseñanzas, sujetándolos á su pase ó *exequatur*, no como en su principio para asegurarse de la autenticidad, sino para juzgar del contenido.

En el orden de los hechos es radical inmoralidad. Lo es porque destruye el principio ó regla fundamental de toda moralidad, que es la razón eterna de Dios imponiéndose á la humana; canoniza el absurdo principio de la moral independiente, que es en el fondo la moral sin ley, ó lo que es lo mismo, la moral libre, ó sea una moral que no es moral, pues la idea de moral, además de su condición directiva, encierra *esencialmente* la idea de enfrenamiento ó limitación. Además, el Liberalismo es toda inmoralidad, porque en su proceso histórico ha cometido y sancionado como lícita la infracción de todos

los mandamientos, desde el que manda el culto de un sólo Dios, que es el primero del Decálogo, hasta el que prescribe el pago de los derechos temporales á la Iglesia, que es el último de los cinco de ella.

Por donde cabe decir que el Liberalismo, en el orden de las ideas, es el error absoluto, y en el orden de los hechos, es el absoluto desorden. Y por ambos conceptos es pecado, *ex genere suo*, gravísimo; es pecado mortal.

IV

De la especial gravedad del pecado del Liberalismo.

Enseña la teología católica que no todos los pecados graves son igualmente graves, aun dentro de su esencial condición que los distingue de los pecados veniales. Hay grados en el pecado, aun dentro de la categoría de pecado mortal, como hay grados en la obra buena dentro de la categoría de obra buena y ajustada á la ley de Dios. Así el pecado directo contra Dios, como la blasfemia, es pecado mortal más grave de sí que el pecado directo contra el hombre, como es el robo. Ahora bien, á excepción del odio *formal* contra Dios, que es el mayor de los pecados y que rarísimas veces se comete por la criatura, como no sea en el infierno, los pecados más graves de todos son los pe-

cados contra la fe. La razón es evidente. La fe es el fundamento de todo el orden sobrenatural; el pecado es pecado en cuanto ataca cualquiera de los puntos de este orden sobrenatural; es, pues, pecado máximo el que ataca el fundamento máximo de dicho orden.

Un ejemplo lo aclarará. Se ocasiona una herida al árbol cortándole cualquiera de sus ramas; se le ocasiona herida mayor cuanto es más importante la rama que se le destruye; se le ocasiona herida máxima ó radical si se le corta por su tronco ó raíz. San Agustín, citado por Santo Tomás, hablando del pecado contra la fe, dice con fórmula incontestable: *Hoc est peccatum quo tenentur cuncta peccata:* "Pecado es este en que se contienen todos los pecados." Y el mismo Angel de las Escuelas discurre sobre este punto, como siempre, con su acostumbrada claridad. "Tanto, dice, es más grave un pecado, cuanto por él se separa más el hombre de Dios. Por el pecado contra la fe se separa lo más que puede de Él, pues se priva de su verdadero conocimiento; por donde, concluye el santo Doctor, el pecado contra la fe es el mayor que se conoce."

Pero es mayor todavía cuando el pecado contra la fe no es simplemente carencia culpable de esta virtud y conocimiento, sino que es negación y combate formal contra dogmas expresamente definidos por la revelación divina. Entonces el pecado contra la fe, de suyo gravísimo, adquiere una gravedad mayor, que constituye

lo que se llama *herejía*. Incluye toda la malicia de la infidelidad, mas la protesta expresa contra una enseñanza de la fe, ó la adhesión expresa á una enseñanza que por falsa y errónea es condenada por la misma fe. Añade al pecado gravísimo contra la fe la terquedad y contumacia en él, y una cierta orgullosa preferencia de la razón propia sobre la razón de Dios.

De consiguiente, las doctrinas heréticas y las obras hereticales constituyen el pecado mayor de todos, á excepción del odio formal á Dios, del cual, como arriba dijimos, sólo son capaces por lo común el demonio y los condenados.

De consiguiente, el Liberalismo, que es herejía, y las obras liberales, que son obras hereticales, son el pecado máximo que se conoce en el código de la ley cristiana.

De consiguiente (salvos los casos de buena fe, de ignorancia y de indeliberación), ser liberal es más pecado que ser blasfemo, ladrón, adúltero ú homicida, ó cualquiera otra cosa de las que prohibe la ley de Dios y castiga su justicia infinita.

No lo comprende así el moderno Naturalismo; pero siempre lo creyeron así las leyes de los Estados cristianos hasta el advenimiento de la presente era liberal, y sigue enseñándolo así la ley de la Iglesia, y sigue juzgando y condenando así el tribunal de Dios. Sí, la herejía y las obras hereticales son los peores pecados de todos; y por tanto el Liberalismo y los actos liberales son *ex genere suo*, el mal sobre todo mal.

V

De los diferentes grados que puede haber y hay dentro de la unidad específica del Liberalismo.

El Liberalismo como sistema de doctrinas puede apellidarse *escuela;* como organización de adeptos para difundirlas y propagarlas, *secta;* como agrupación de hombres dedicados á hacerlas prevalecer en la esfera del derecho público, *partido.* Pero, ya se considere el Liberalismo como escuela, ya como secta, ya como partido, ofrece dentro de su unidad lógica y específica varios grados ó matices que conviene al teólogo cristiano estudiar y exponer.

Ante todo conviene hacer notar que el Liberalismo es uno, es decir, constituye un organismo de errores perfecta y lógicamente encadenados, motivo por el cual se le llama *sistema.* En efecto, partiendo en él del principio fundamental de que el hombre y la sociedad son perfectamente autónomos ó libres con absoluta independencia de todo otro criterio natural ó sobrenatural que no sea el suyo propio, síguese por una perfecta ilación de consecuencias, todo lo que en nombre de él proclama la demagogia más avanzada.

La Revolución nada tiene de grande sino su inflexible lógica. Hasta los actos más despóticos, que ejecuta en nombre de la libertad, y que á primera vista tachamos todos de monstruosas in-

consecuencias, obedecen á una lógica altísima y superior. Porque reconociendo la sociedad por única ley social el criterio de los más, sin otra norma ó regulador, ¿cómo puede negarse perfecto derecho al Estado para cometer cualquier atropello contra la Iglesia siempre y cuando, según aquel su único criterio social, sea conveniente cometerlo? Admitido que los más son los que tienen siempre razón, queda admitida por ende como única ley la del más fuerte, y por tanto muy lógicamente se puede llegar hasta la última brutalidad.

Mas á pesar de esta unidad lógica del sistema, los hombres no son lógicos siempre, y esto produce dentro de aquella unidad la más asombrosa variedad ó gradación de tintas. Las doctrinas se derivan necesariamente y por su propia virtud unas de otras; pero los hombres al aplicarlas son por lo común ilógicos é inconsecuentes.

Los hombres, llevando hasta sus últimas consecuencias sus principios, serían todos santos cuando sus principios fuesen buenos, y serían todos demonios del infierno cuando sus principios fuesen malos. La inconsecuencia es la que hace, de los hombres buenos y de los malos, buenos á medias y malos no rematados.

Aplicando estas observaciones al asunto presente del Liberalismo, diremos: que liberales completos se encuentran relativamente pocos, gracias á Dios; lo cual no obsta para que los más, aun sin haber llegado al último límite de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

depravación liberal, sean verdaderos liberales, es decir, verdaderos discípulos ó partidarios ó sectarios del Liberalismo, según que el Liberalismo se considere como escuela, secta ó partido

Examinemos estas varidades de la familia liberal.

Hay liberales que aceptan los principios, pero rehuyen las consecuencias, á lo menos las más crudas y extremadas. Otros aceptan alguna que otra consecuencia ó aplicación que les halaga, pero haciéndose los escrupulosos en aceptar radicalmente los principios. Quisieran unos el Liberalismo aplicado tan sólo á la enseñanza; otros á la economía civil; otros tan sólo á las formas políticas. Sólo los más avanzados predican su natural aplicación á todo y para todo. Las atenuaciones y mutilaciones del credo liberal son tantas cuantos son los intereses por su aplicacion perjudicados ó favorecidos; pues generalmente existe el error de creer que el hombre piensa con la inteligencia, cuando lo usual es que piense con el corazón, y aun muchas veces con el estómago.

De aquí los diferentes partidos liberales que pregonan Liberalismo de tantos ó cuantos grados, como expende el tabernero el aguardiente de tantos ó cuantos grados, á gusto del consumidor. De aquí que no haya liberal para quien su vecino más avanzado no sea un brutal demagogo, ó su vecino menos avanzado un furibundo reaccionario. Es asunto de escala alcohólica y

nada más. Pero así los que mojigatamente bautizaron en Cádiz su Liberalismo con la invocación de la santísima Trinidad, como los que en estos úitimos tiempos le han puesto por emblema ¡Guerra á Dios! están dentro de tal escala liberal, y la prueba es que todos aceptan, y en caso apurado invocan, este común denominador. El criterio liberal ó independiente es uno en ellos, aunque sean en cada cual más ó menos acentuadas las aplicaciones. ¿De qué depende esta mayor ó menor acentuación? De los intereses muchas veces; del temperamento no pocas; de ciertos lastres de educación que impiden á unos tomar el paso precipitado que toman otros; de respetos humanos tal vez ó de consideraciones de familia; de relaciones y amistades contraidas, etc., etc.

Sin contar la táctica satánica que á veces aconseja al hombre no extremar una idea para no alarmar, y para lograr hacerla más viable y pasadera; lo cual, sin juicio temerario, se puede afirmar de ciertos liberales conservadores, en los cuales lo conservador no suele ser más que la máscara ó envoltura del franco demagogo. Mas en la generalidad de los liberales á medias, la caridad puede suponer cierta dosis de candor y de natural *bonhomie* ó bobería, que si no los hace del todo irresponsables, como diremos después, obliga no obstante á que se les tenga alguna compasión.

Quedamos, pues, curioso lector, en que el Liberalismo es uno solo; pero liberales los hay, co-

mo sucede con el mal vino, de diferente color y sabor.

VI

Del llamado Liberalismo católico ó catolicismo liberal.

De todas las inconsecuencias y antinómias que se encuentran en las gradaciones medias del Liberalismo, la más repugnante de todas y la más odiosa es la que pretende nada menos que la unión del Liberalismo con el Catolicismo, para formar lo que se conoce en la historia de los modernos desvaríos con el nombre de *Liberalismo católico ó catolicismo liberal.* Y no obstante, han pagado tributo á este absurdo preclaras inteligencias y honradísimos corazones, que no podemos menos de creer bien intencionados. Ha tenido su época de moda y prestigio, que, gracias alc ielo, va pasando ó ha pasado ya.

Nació este funesto error de un deseo exagerado de poner conciliación y paz entre doctrinas que forzosamente y por su propia esencia son inconciliables y enemigas. El Liberalismo es el dogma de la independencia absoluta de la razón individual y social; el Catolicismo es el dogma de la sujeción absoluta de la razón individual y social á la ley de Dios. ¿Cómo conciliar el sí y el no de tan opuestas doctrinas? A los fundadores

del Liberalismo católico pareció cosa fácil. Discurrieron una razón individual ligada á la ley del Evangelio, pero coexistiendo con ella una razón pública ó social libre de toda traba en este particular. Dijeron: "El Estado como tal Estado no debe tener Religión, ó debe tenerla solamente hasta cierto punto, que no moleste á los demás que no quieran tenerla. Así, pues, el ciudadano particular debe sujetarse á la revelación de Jesucristo; pero el hombre público puede portarse como tal de la misma manera que si para él no existiese dicha revelación." De esta suerte compaginaron la fórmula célebre de: *La Iglesia libre en el Estado libre*, fórmula para cuya propagación y defensa se juramentaron en Francia varios católicos insignes, y entre ellos un ilustre Prelado; fórmula que debía ser sospechosa desde que la tomó Cavour para hacerla bandera de la revolución italiana contra el poder temporal de la Santa Sede; fórmula de la cual, á pesar de su evidente fracaso, no nos consta que ninguno de sus autores se halla retractado aún.

No echaron de ver estos esclarecidos sofistas, que si la razón individual venía obligada á someterse á la ley de Dios, no podía declararse exenta de ella la razón pública ó social sin caer en un dualismo extravagante, que somete al hombre á la ley de dos criterios opuestos y de dos opuestas conciencias. Así que la dístinción del hombre en particular y en ciudadano, obligándole á ser cristiano en el primer concepto, y per-

mitiéndole ser ateo en el segundo, cayó inmediatamente por el suelo bajo la contundente maza de la lógica íntegramente católica. El *Syllabus*, del cual hablaremos luego, acabó de hundirla sin remisión. Queda todavía de esta brillante, pero funestísima escuela, alguno que otro discípulo rezagado, que ya no se atreve á sustentar paladinamente la teoría católico-liberal, de la que fué en otros tiempos forvoroso panegirista, pero á la que sigue obedeciendo aún en la práctica; tal vez sin darse cuenta á sí propio de que se propone pescar con redes que, por viejas y conocidas, el diablo ha mandado ya recoger.

VII

En qué consiste probablemente la esencia ó intrínseca razón del llamado catolicismo liberal.

Si bien se considera, la íntima esencio del Liberalismo llamado católico, por otro nombre llamado comunmente catolicismo liberal, consiste probablemente tan sólo en un falso concepto del *acto de fe*. Parece, según dan razón de la suya los católico-liberales, que hacen estribar todo el motivo de su fe, no en la autoridad de Dios infinitamente veráz é infalible, que se ha dignado revelarnos el camino único que nos ha de conducir á la bienaventuranza sobrenatural, sino en la libre apreciación

de un juicio individual que le dicta al hombre ser mejor esta creencia que otra cualquiera. No quieren reconocer el magisterio de la Iglesia, como único autorizado por Dios para proponer á los fieles la doctrina revelada y determinar su sentido genuino, sino que, haciéndose ellos jueces de la doctrina, admiten de ella lo que bien les parece, reservándose el derecho de creer la contraria, siempre que aparentes razones parezcan probarles ser hoy falso lo que ayer creyeron como verdadero.

Para refutación de lo cual basta conocer la doctrina fundamental *De fide*, expuesta sobre esta materia por el santo Concilio Vaticano. Por lo demás, se llaman católicos porque creen firmemente que el Catolicismo es la única verdadera revelación del Hijo de Dios; pero se llaman católicos liberales ó católicos libres, porque juzgan que esta creencia suya no les debe ser impuesta á ellos ni á nadie por otro motivo superior que el de su libre apreciación. De suerte que sin sentirlo ellos mismos, encuéntranse los tales con que el diablo les ha sustituido arteramente el principio sobrenatural de la fe por el principio naturalista del libre examen. Con lo cual, aunque juzgan tener fe de las verdades cristianas, no tienen tal fe de ellas, sino simple humana convicción, lo cual es esencialmente distinto.

Síguese de ahí que juzgan su inteligencia libre de creer ó de no creer, y juzgan asimismo libre la de todos los demás. En la incredulidad,